

RESEÑAS

AMICH O.F.M., José, *Historia de las Misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa*; Editorial Milla Batres, Lima 1975; 554 págs.

Un importante sitio ocupan las obras del padre José Amich y la de los padres Fernando Pallarés y Vicente Calvo en la larga tradición de relatos de misiones y misioneros franciscanos en el Perú. Esta tradición, iniciada por Fr. Diego de Córdova y Salinas en el siglo XVII, se mantiene viva en el presente siglo a través de la voluminosa obra del P. Fr. Bernardino Izaguirre, *Historia de las Misiones Franciscanas 1619-1921* y más recientemente con los trabajos del P. Dionisio Ortiz.

La obra del P. Amich, presumiblemente terminada en 1771, fue publicada en París casi un siglo después, en 1854, bajo el título de *Compendio Histórico*, teniendo muy escasa difusión en el Perú. Los PP. Pallarés y Calvo continuaron el relato de Amich, historiando la labor misionera de la Orden hasta 1870, año en que se publicó su obra con el título de *Noticias Históricas*. Ambas historias fueron reeditadas en dos volúmenes en 1883; es esta versión titulada *Historia de las misiones de fieles e infieles del colegio de propaganda fide de Santa Rosa de Ocopa* la que ha salido a luz nuevamente gracias al esfuerzo de Fr. Julián Heras, en homenaje a los 250 años de la fundación del Convento de Ocopa. Debemos asimismo a Fr. Heras la inclusión de un texto inédito del P. Sala que comprende los años de 1882 a 1893, un resumen de la obra del P. Izaguirre que llega hasta el año de 1921 y valiosas anotaciones para comprender en toda su dimensión los alcances de la obra misional franciscana.

A diferencia de los primeros cronistas franciscanos que en sus escritos narran *desde fuera* la labor evangelizadora que se venía realizando en su tiempo, y de los escritores contemporáneos de esta Orden que elaboran su historia en base a manuscritos y publicaciones anteriores, los padres Amich, Pallarés y Calvo son misioneros. *viven y hacen* la historia franciscana. Por ello en su obra los acontecimientos adquieren el sabor de lo vivido, y en gran medida también, de lo sufrido. Este aspecto positivo tiene sin embargo su contraparte, y es que al estar inmersos en la historia que están *creando*, se entretienen muchas veces en aspectos de importancia menor y pierden la perspectiva global del proceso del cual forman parte. Sus obras son *Historias* (crónicas, testimonios) en el sentido más tradicional del término, plenas de anécdotas, de pequeños relatos que se imbrican en el cuerpo mayor del texto, y de milagros que expresan su ingenuidad y su asombro frente a un mundo que perciben imbuído de sacralidad y misterio.

Esta percepción va a ser la constante subyacente a toda la obra. Sacralidad, porque la labor misionera es concebida como un dictado de Dios y constituye una característica de la Orden, exaltada por San Francisco de Asís, que ya en el siglo XIII recorría Italia en pos de nuevas conversiones; sacralidad asimismo, porque en esta labor Dios se manifiesta y está siempre presente al lado del misionero. Y misterio porque la *Montaña* junto con sus moradores se presenta como un mundo insondable que el misionero debe desentrañar tanto física como espiritualmente. La *Historia de las Misiones* va a ser entonces una historia de las *exploraciones* en la que los misioneros constituyen la vanguardia de un proceso que va a develar al hombre europeo nuevas regiones, ampliando sus límites geográficos; y una historia de la *evangelización* expresada en el enfrentamiento de dos culturas, de dos percepciones cosmogónicas y por ende dos modalidades de vida opuestas.

Los franciscanos han sido para la Selva Central lo que los jesuitas para la región de Mainas y los dominicos para el Cuzco; la audacia de sus expediciones evangelicas, el arrojo con que, en nombre de Dios, enfrentaron una realidad para ellos desconocida y la mística confianza con que arrostraron los peligros de la selva, difícilmente vuelve a repetirse. Amich nos hace un pormenorizado recuento de las actividades de sus hermanos en torno al Cerro de la Sal “famoso por el grande concurso de indios infieles, que de las naciones más remotas de la montaña acuden a él por sal”. Narra las primeras “entradas a infieles” hechas desde Huánuco, Huancabamba y Tarma; nos da las primeras referencias de exploraciones hechas a los ríos Perené, Tambo y Alto Ucayali, y a los valles de Oxapampa, Chanchamayo, Satipo y Pangoa. Cabe señalar que el P. Amich, antes de ingresar a la Orden, se había desempeñado en el siglo como piloto de la Real Armada, de tal manera que su aprehensión de la selva no era la de un viajero casual, sino la de alguien con amplios conocimientos geográficos; es de suponer —aunque no se lo especifica— que el mapa “Del curso de los ríos Huallaga y Ucayali y de la pampa del Sacramento” elaborado por Fr. Manuel Sobreviela y publicado en el *Mercurio Peruano* (No. 81; 1791) veinte años después que Amich terminara su obra, se haya basado en buena parte en sus anotaciones de viaje. Los relatos de Pallarés y Calvo se centraron más en el trabajo misional que se desarrolló en el Ucayali y ello es comprensible porque la época que abarcan es posterior al gran levantamiento multiétnico de Juan Santos Atahualpa, que hizo que por muchos años se temiese emprender nuevas “entradas” a los valles de Oxapampa y Chanchamayo.

La moderna nación peruana debe en gran parte su conocimiento de la región amazónica a la activa labor que los frailes franciscanos desplegaron a lo largo de tres siglos de trabajo misional. No sólo sirvieron de contención a los

avances portugueses sobre la Amazonía española, sino que sus relatos sirvieron para definir las fronteras del Perú republicano; baste recordar el uso que de ellos hace Víctor Maúrtua en su *Juicio de límites entre el Perú y Bolivia* de 1907.

Para el estudioso de la historia amazónica del Perú, y en especial de la Selva Central, la lectura de esta obra se torna imprescindible. Aparte de los datos de carácter geográfico, se encuentran innumerables referencias etnográficas de los grupos nativos que ocupaban las tierras y ríos por ellos explorados; se mencionan a los Cashibo, Campa, Amuesha, Shipibo, Settebos, Conibos, Piro y a otros muchos más. A lo largo de todo el texto se encuentran descripciones de creencias, de formas de subsistencia, de patrones de asentamiento y de características demográficas.

Lamentablemente, tanto Amich, como Pallarés y Calvo eran hombres de su época y como tales estaban imbuídos de los prejuicios de la misma: muchas de sus anotaciones sobre la población aborigen expresan un etnocentrismo que sorprende al científico social de nuestros días, pero que aún es una realidad no superada por la gran mayoría de peruanos. El afán misionero, la pesada carga cultural de Occidente, y aún las ideas predominantes del siglo de las luces, hacen que los pueblos nativos sean vistos como pueblos salvajes, carentes de cultura, con hábitos perniciosos y contraproducentes. Y no podía ser menos, se vivía el gran triunfo de Occidente y de su nuevo sistema económico, el capitalismo. La tradición evangelizadora se unía a la tarea civilizadora que se imponía el Perú republicano. Los misioneros franciscanos no pudieron escapar a la ideología predominante. En los movimientos itinerantes de la población nativa vieron inconstancia, donde hoy se ve una perfecta adaptación al delicado ecosistema del bosque tropical. En las fiestas ceremoniales vieron simples borracheras, que condenaron partiendo de criterios éticos europeocéntricos, cuando hoy es claro el papel que jugaban como forma de cohesión social; vieron crueldad en los ritos de pubertad, donde lo que sí es cierto, es su importancia en la organización social y la división del trabajo.

No obstante, un ejuciamiento de la labor franciscana en estos términos, no sólo sería injustificado, sino que constituye un anacronismo. Lo que sí se hace perentorio es una investigación profunda a través de ésta y de otras obras, muchas de ellas inéditas o desconocidas, para tener una mejor comprensión del proceso colonizador desatado por la presencia franciscana, y de su impacto en las estructuras sociales, económicas y culturales de las poblaciones aborígenes implicadas en el mismo. Las misiones franciscanas jugaron un importante papel en este proceso que aún actualmente se encuentra inconcluso: por un lado constituyeron la vanguardia de la penetración a la selva, arrastrando a sus espaldas a colonos, soldados y comerciantes, por otro comprendieron los peligros

que para los grupos nativos significaba esta colonización e hicieron lo posible por constituirse en un grupo de intermediación que protegiera de alguna manera sus intereses.

Fernando Santos G.

GRAHAM, Richard, y SMITH, Peter H. (editores), *New Approaches to Latin American History*, University of Texas Press, Austin, Texas, 1974, 275 págs.

Más que la acumulación de nuevos datos, la historia consiste fundamentalmente en la interpretación de los datos. *New Approaches* es una colección de nueve ensayos de distintos autores que pretenden presentar nuevas y originales maneras de interpretar la historia de América Latina. Los autores son historiadores norteamericanos, especialistas en América Latina — y precisamente todos discípulos de Lewis Hanke a quién dedican el libro— que intentan enriquecer la historiografía latinoamericana con algunos de los últimos avances de la ciencia histórica en Norteamérica, sobre todo en el área de la historia social. Los ensayos no son, por lo tanto, estudios sobre la historia de América Latina, ni mucho menos resúmenes de estudios anteriores, sino reflexiones críticas que plantean nuevas metodologías e interpretaciones para contribuir a la tarea de concebir y escribir la historia de América Latina.

Algunos de los ensayos, por ejemplo, examinan cuáles han sido las posibles relaciones entre los factores socio-económicos y la política. El profesor Stuart Schwartz explora los usos posibles de la ciencia de la “prosopografía” (biografía colectiva) para hacer comprender mejor las relaciones sutiles y “no oficiales” entre el Estado y la sociedad en la época colonial. Schwartz subraya el hecho de que los miembros de cada institución —la Iglesia, las audiencias y los cabildos— exhibían ciertos rasgos comunes que los identificaban como grupo social distintivo. Este tipo de enfoque amplía posibilidades de investigación, e incidentalmente apoya la tesis de que la sociedad colonial se basaba no tanto en el individuo, ni la familia y la clase social, sino en distintos grupos sociales unidos por intereses comunes.

En otro ensayo, Frank Safford cuestiona las interpretaciones tradicionales para la historia política del siglo XIX, según las cuales los grupos políticos se dividían entre “liberales” o “conservadores”, o capitalistas y pre-capitalistas. Más bien, el autor postula como nuevo criterio el acceso de un individuo o una región a las estructuras de poder. Así, los “conservadores” eran los que tenían mayor acceso a los centros tradicionales del poder (el Estado y la Iglesia), y los